

CAPÍTULO II.

Del individualismo en los países democráticos.

He hecho ver de qué manera en los siglos de igualdad busca cada hombre en sí mismo sus creencias; veamos ahora cómo es que en los mismos siglos dirige todos sus sentimientos hácia él solo.

El *individualismo* es una espresion reciente que una idea nueva ha creado : nuestros padres no conocian sino el egoismo.

El egoismo es un amor apasionado y exagerado de sí mismo , que conduce al hombre á no referir nada sino á él solo y á preferirse á todo.

El individualismo es un sentimiento pacífico y reflexionado que predispone á cada ciudadano á separarse de la masa de sus semejantes, á retirarse á un paraje aislado con su familia y sus amigos; de suerte que despues de haberse así creado una pequeña sociedad á su modo, abandona con gusto la grande.

El egoismo nace de un ciego instinto; el individualismo procede de un juicio erróneo mas bien que de un sentimiento depravado, y toma su origen en los defectos del espíritu como en los vicios del corazón. El egoismo deseca el gérmen de todas las virtudes; el individualismo no agota desde luego sino la fuente de las virtudes públicas; mas á la larga ataca y destruye todas las otras y va en fin á absorberse en el egoismo.

El egoismo es un vicio que existe desde que hai mundo y pertenece indistintamente á cualquiera forma de sociedad.

El individualismo es de origen democrático, y amenaza desarrollarse á medida que las condiciones se igualan.

En los pueblos aristocráticos las familias permanecen durante siglos en el mismo estado y frecuentemente en el mismo lugar; esto hace, por decirlo así, todas las generaciones contemporáneas. Un hombre conoce casi siempre sus abuelos y los

respeto, y cree ya divisar sus biznietos y los ama. Se impone gustoso deberes hácia los unos y los otros, y muchas veces viene á sacrificar sus goces personales á estos seres que han dejado de existir ó que no existen todavía.

Las instituciones aristocráticas ligan además estrechamente cada hombre á muchos de sus conciudadanos.

Siendo las clases muy distintas é inmóviles en el seno de una aristocracia, cada una viene á ser para el que hace parte de ella una especie de pequeña patria, mas visible y mas amada que la grande.

Como en las sociedades aristocráticas todos los ciudadanos tienen su puesto fijo, unos mas elevados que otros, resulta que cada uno de ellos divisa siempre sobre él un hombre cuya protección le es necesaria, y mas abajo otro de quien puede reclamar la asistencia.

Los hombres que viven en los siglos aristocráticos se hallan casi siempre ligados á alguna cosa colocada fuera de ellos, y están frecuentemente dispuestos á olvidarse de sí mismos. Es verdad que en estos siglos de aristocracia la noción general de semejante es oscura y apenas se piensa en consagrarse á ella por la causa de la humanidad; pero muchas veces se hacen sacrificios por ciertos hombres. En los siglos democráticos sucede al contra-

rio; como los deberes de cada individuo hácia la especie son mas evidentes, el aprecio hácia un hombre viene á ser mas raro, y el vínculo de las afecciones humanas se estiende y se afloja.

En los pueblos democráticos nuevas familias salen sin cesar de la nada, otras caen en ella á cada instante, y todas las que existen cambian de faz: el hilo de los tiempos se rompe á cada paso, y la huella de las generaciones desaparece. Se olvidan fácilmente los que han precedido y no se tiene idea de los que seguirán. Los que están mas inmediatos son los únicos que interesan.

Cuando cada clase se acerca y se confunde con las otras, sus miembros se hacen indiferentes y como estraños entre sí.

La aristocracia habia hecho de todos los ciudadanos una larga cadena que remontaba del aldeano hasta el rei; la democracia la rompe y pone cada anillo aparte.

A medida que las condiciones se igualan, se encuentra un mayor número de individuos que no siendo bastante ricos ni poderosos para ejercer una grande influencia en la suerte de sus semejantes, han adquirido sin embargo, ó han conservado bastantes luces y bienes para satisfacerse á ellos mismos. No deben nada á nadie, no esperan por decirlo así nada de nadie; se habitúan á considerarse siem-



pre aisladamente, y se figuran que su destino depende de ellos.

Así, la democracia no solamente hace olvidar á cada hombre sus abuelos, sino que tambien le oculta sus descendientes y le separa de sus contemporáneos: ella le conduce sin cesar hácia sí mismo, y amenaza encerrarlo entero en la soledad de su propio corazon.



CAPÍTULO III.

Por qué es mayor el individualismo al salir de una revolucion democrática, que en otra época.

Cuando una sociedad democrática acaba de formarse sobre los restos de una aristocracia, el aislamiento de los hombres y el egoismo que es su consecuencia, se hacen principalmente mas notables.

Estas sociedades no contienen solo un gran número de ciudadanos independientes, y abundan de ordinario en hombres que acabados de llegar á la independencia, se embriagan con su nuevo poder,

conciben una vana confianza de sus fuerzas, y creyendo que no tendrán necesidad en adelante de implorar el socorro de sus semejantes, no encuentran dificultad en hacer ver que no se ocupan sino de ellos mismos.

Una aristocracia no sucumbe por lo comun sino despues de una larga lúcha, durante la cual se encienden odios implacables entre las diversas clases de la sociedad. Estas pasiones sobreviven á la victoria, y se puede seguir su huella en medio de la confusion democrática que le sucedé.

Los ciudadanos que ocupaban el primer puesto en la jerarquía destruida no pueden olvidar tan pronto su antigua grandeza, y se consideran por largo tiempo como extranjeros en el seno de una sociedad nueva. Ven en todos los que esta sociedad hace sus iguales otros tantos opresores cuyo destino no puede escitar la simpatía; y como han perdido de vista sus antiguos iguales, y no se sienten ligados por un interes comun á su suerte, se retira cada uno aparte, y se cree reducido á no ocuparse sino de sí mismo. Los que por el contrario ocupaban en otro tiempo un lugar inferior y que una revolucion repentina ha acercado al nivel comun, no gozan sino con una especie de inquietud secreta la independendencia nuevamente adquirida: y si á su lado encuentran algunos de sus an-



tiguos superiores, echan sobre ellos miradas de triunfo y de temor, y se separan.

Ordinariamente en el principio de las sociedades democráticas es cuando los ciudadanos se hallan mas dispuestos á aislarse.

La democracia inclina á los hombres á no acercarse á sus semejantes; mas las revoluciones democráticas los disponen á huir unos de otros y perpetúan en el seno de la igualdad los odios que la desigualdad ha hecho nacer.

La gran ventaja de los americanos consiste en haber llegado á la democracia sin sufrir revoluciones democráticas, y haber nacido iguales en vez de llegar á serlo.

